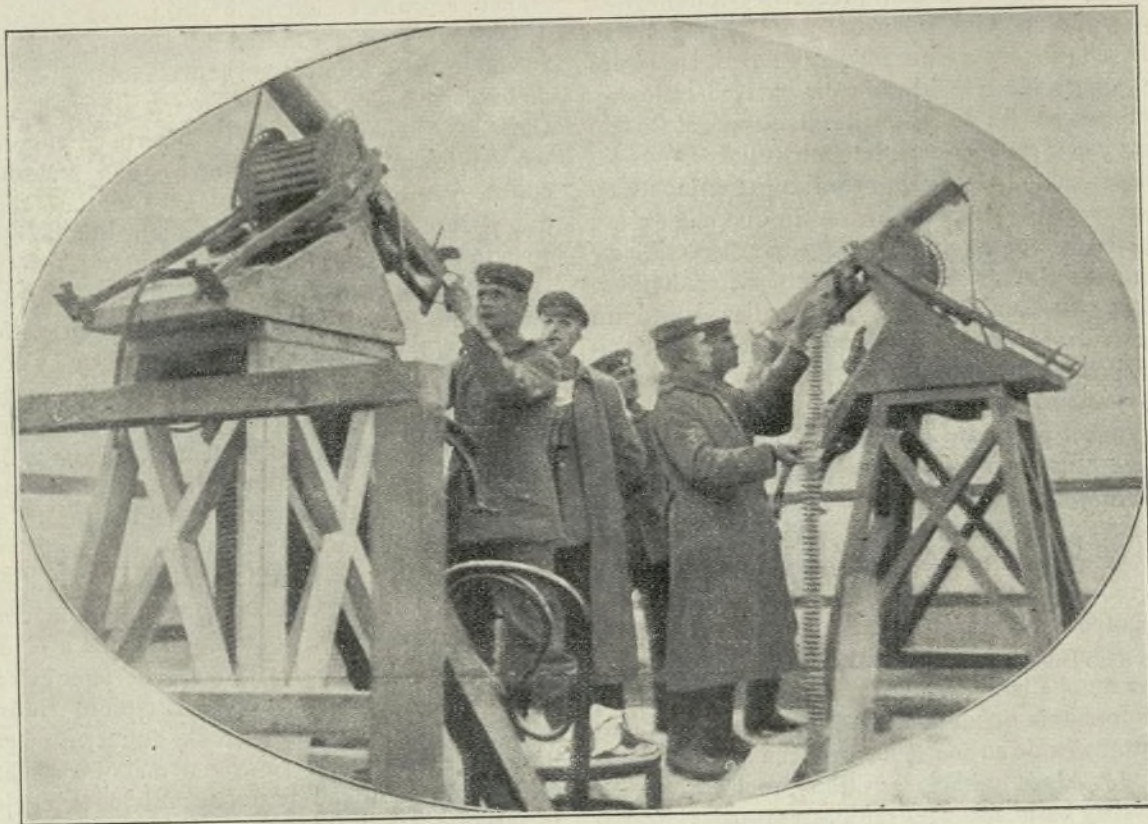


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 25.—BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1914



Ametralladoras empleadas por los alemanes en el tiro contra los aeroplanos enemigos

ROMA Y CARTAGO, ALEMANIA E INGLATERRA

La grandiosa lucha que estamos presenciando y que tiene por escenario más de la mitad de nuestro planeta, no es más que una repetición de aquella interminable lucha entablada entre los dos grandes pueblos de la antigüedad: Roma y Cartago. Porque, realmente, la Roma de nuestros días es Alemania, así como Cartago está fielmente representada por la Gran Bretaña.

Roma era la mayor potencia continental que existía; sus armas se habían extendido por toda Europa meridional, y su comercio invadía los puertos europeos, así como los de Asia Menor y aun los septentrionales de Africa. Pero Cartago no podía consentir que frente a sus costas hubiese quien le disputase la supremacía marítima y le fuera arrebatando poco a poco el comercio y el tráfico, en los que se asentaba el poderío y el bienestar de la república. Estallaron como consecuencia las guerras púnicas, dos veces terminadas sin resultado decisivo, y dejando como fermentos y residuos el odio siempre creciente entre los dos pueblos y el anhelo cada día mayor por parte de ambos de eliminar de la faz de la tierra a su temible y poderoso adversario.

Espléndidos marinos los cartagineses y poseedores de extensas colonias principalmente en Africa, para ellos las guerras eran poco sensibles, porque los

ejércitos se nutrían con contingentes extraños, reclutados en España, en las Galias, en Africa, en todas partes menos en Cartago, de donde sólo procedían los caudillos y algunos cuerpos distinguidos. En cambio, Roma, aunque también echaba mano de los recursos que en hombres le ofrecían los países conquistados, tocaba más de cerca las consecuencias de la guerra, porque desde los patricios a los libertos y los esclavos, todos pertenecían al ejército en sus diferentes categorías. Los cartagineses, sabiendo que Roma necesitaba del comercio exterior para vivir, llevaban la guerra al exterior, y atacaban con preferencia las colonias romanas, obligando a su enemigo a los desembolsos y dificultades de expediciones lejanas; mientras que ellos mismos, los cartagineses, viviendo sobre el país, lejos de empobrecerse se enriquecían porque, con pretexto de la guerra, lo asolaban y lo saqueaban. Con todo, la situación de Cartago llegó a hacerse precaria, toda vez que su poderío no descansaba sobre bases tan firmes como las del romano, y en gran parte se cimentaba en naciones belicosas, bárbaras y poco gobernables.

La aparición de Annibal, acaso el más grande capitán que registra la historia humana, llevó a su punto más álgido la guerra entre los dos colosos. Annibal, verdadero genio militar, comprendió que

para destruir a Roma no había otro camino que llegar con las armas hasta la misma capital; los ejércitos romanos deberían ser destruidos donde quiera se encontraran, pero, si no se quería que resurgiera el poder de Roma, se imponía la invasión de Italia y la destrucción de todas las fuerzas del aborrecido rival. A la cabeza de su poderoso ejército, compuesto de contingentes abigarrados y de las más diversas procedencias, el famoso caudillo recorrió triunfalmente España, atravesó los Pirineos, pasó por la Galia, donde se le incorporaron nuevas fuerzas, cruzó los Alpes, operación que aún hoy día parece fabulosa, y desembocó por fin en las fértiles llanuras del Po. En Trebia y el Trasimeno derrotó a los cuerpos que los romanos habían destacado para contenerle en su avance, y siguió victoriosamente sin que nadie osara detenerle. Reuniendo todas las fuerzas disponibles y deponiendo Roma los odios y rencillas que dividían las voluntades en bandos y camarillas, juntó un ejército formidable, que marchó contra el cartaginés, resuelto a acabar con éste. Pero los fulgores del genio de Annibal pudieron más que la fuerza material y que el patriotismo de los romanos, y los cartagineses obtuvieron en Cannas la victoria mayor que hasta entonces registraban los anales militares. Desamparada y sin soldados, no por eso Roma se resolvió a entregarse a merced de su adversario: todavía pudo reunir fuerzas suficientes para concentrar un buen golpe de hombres en la capital, cuyas puertas cerró, esperando que de un momento a otro, se presentara ante ellas el vencedor cartaginés. Este, sin embargo, había quedado muy debilitado por las fatigas y trabajos de su magnífica marcha por los Pirineos y los Alpes, y había perdido mucha gente en las batallas hasta entonces reñidas y ganadas. No podía, ni debía, exponer su pequeño ejército en una nueva batalla, porque si era derrotado no habría ya quien pudiese impedir ni estorbar el triunfo decisivo de Roma; consecuentemente, se encerró en Cápua, y despachó emisarios a Cartago solicitando refuerzos y exponiendo los éxitos extraordinarios hasta entonces obtenidos. Pero Cartago se creyó ya libre para muchos años del peligro romano, y desoyó las demandas de Annibal, quien no cesó de repetir las con insistencia cada vez más apremiante. Todo en vano. Largos años transcurrieron, y entre tanto los romanos fueron reponiendo sus fuerzas, y aunque no pudieron derrotar a su preclaro enemigo, no tardaron en obtener pequeñas ventajas en otros puntos; ello dio a comprender a los romanos que se encontraban ya en disposición de realizar un nuevo esfuerzo, y se dio orden para organizar otro ejército, cuyo general había de decidir del destino que le diera.

La opinión casi unánime en Roma se inclinaba en favor de emprender una enérgica acción contra Annibal, para arrojarle de Italia, porque a todos parecía lo más evidente y aun indiscutible, alejar al adversario que había en casa antes de ir a buscar peligros más allá de los mares. No obstante, el nuevo general no fué de este parecer.

Publio Cornelio Escipión, mozo de veinticinco años, acababa de llevar a cabo con brillo singular una afortunada campaña en España contra los cartagineses; su estirpe, que tantos días de gloria había dado a la república, y la reputación de que venía precedido, pudieron más que las intrigas sordas y

los trabajos de las camarillas, y por gran mayoría fué elegido general del nuevo ejército, en el que fundaba Roma todas sus esperanzas. Y cuando todos, hasta los generales encanecidos en los campos de batalla, sostenían que el primer objetivo de la guerra, si no el único, debía de ser la destrucción de las tropas de Annibal, para resolver después si convenía o no llevar la acción al otro lado del Mediterráneo, el imberbe Escipión alzó su voz y dejó a todos confundidos por la lógica y clarividencia de sus argumentos: «No, no es en Italia, exclamó, donde ha de buscarse la solución de la guerra, sino en la misma Cartago. Al enemigo hay que herirle en el corazón, y no en los miembros. Posible es que si marchamos contra Annibal le vencamos, pero ello no será sin que padezcamos pérdidas crueles que nos debilitarán y acaso nos inutilizarán para proseguir la campaña, y en tanto los cartagineses allegarán nuevas tropas y perderemos toda probabilidad de derrotarlos. Mientras que si llevamos la campaña a Africa y una acción victoriosa nos abre las puertas de Cartago, de un solo golpe la guerra quedará resuelta. Además, es de suponer que al verse amenazada Cartago llamará a sí a Annibal, único caudillo que puede salvarla, y de esta suerte habremos obtenido los dos principales objetivos de la guerra». Así se acordó.

Cartago llamó a Annibal, quien se puso al frente del ejército formado con prisas, sin cohesión, con elementos heterogéneos, no acostumbrados a la disciplina ni a obedecer las órdenes de jefes extraños. Desembarcadas las fuerzas de Escipión, riñóse en Zama aquella memorable batalla que terminó con la derrota de Annibal, a pesar del magnífico plan de éste y de la habilidad de sus disposiciones; el ejército cartaginés, aunque apenas había en él cartagineses, no estaba lo bastante instruido ni preparado para maniobrar con arreglo a las luces de entendimiento tan superior, y parte de las tropas ejecutó mal las órdenes recibidas, otra porción obró independientemente, y algunas unidades, que no se batían por la existencia y el bienestar de su propio país, volvieron las espaldas a los romanos. En Zama quedó destruido el poderío cartaginés, y de entonces data aquella célebre frase «¡Delenda est Cartago!» Y para siempre desapareció.

—

¿Será necesario puntualizar los muchos puntos de contacto que aquella memorable guerra presenta con la que actualmente sostienen Alemania y la Gran Bretaña? ¿Habrá necesidad de insistir en quién es la Roma moderna y cuál representa la Cartago de otros tiempos? ¿Habrá todavía quien dude que el plan de Alemania no puede ser otro que el de Escipión, y que los alemanes han de buscar el corazón de Inglaterra y no las partes de la periferia? ¿No tuvieron paciencia largos años los romanos tolerando la presencia de los cartagineses a las puertas de su capital, y no juntaron sus tropas para llevarlas, no contra el enemigo inmediato, sino contra la causa y el origen de sus males? ¿No se ve claro, según esto, qué es lo que pretenden los alemanes y por qué aparecen inactivos en Francia? ¿Cuál de las naciones ahora en guerra sufrirá el castigo de Cartago?

.....

LAS TROPAS INGLESAS JUZGADAS POR LOS ALEMANES

Los dos más fuertes rivales que se encuentran frente a frente en esta guerra se van haciendo justicia. Como complemento de lo que dijimos en el cuaderno anterior acerca de las tropas alemanas juzgadas por los ingleses, insertamos a continuación unos párrafos del diario alemán *Berliner Zeitung and Mittag*, que expone el siguiente concepto de las tropas inglesas, debido a uno de los redactores del periódico, que sirve como teniente en el ejército alemán:

«Llenos de confianza en una fácil victoria nuestros jóvenes emprendieron la marcha contra el enemigo, para «cascar a los ingleses», según la expresión popular. Todos estábamos seguros que la Providencia había dotado a los ingleses de piernas muy largas para que corrieran mejor. Cruzamos Flandes, el gran cementerio, hacia el O., encantados con aquellos hermosos paisajes, cuyos habitantes han aprendido tan pronto a entendernos como nosotros a ellos. Algunos de los nuestros nos advirtieron que tal vez despreciábamos demasiado a los ingleses, pero todas las aprensiones desaparecieron ante el hecho de que aquellas tropas son mercenarias, compuestas de hombres enganchados por unos céntimos diarios, sin patriotismo e incapaces de sacrificarse.

«Más pronto de lo que creíamos llegamos ante el enemigo. Una mañana, oímos una voz: «¡Aquí está el primer inglés muerto!» Galopamos a través del campo hacia donde había hecho alto una de nuestras patrullas, a algunos centenares de metros del camino. Allí estaba tendido el inglés, el primero que veíamos, vuelto hacia la derecha; la bala le había partido el corazón. Era joven, esbelto de cuerpo, mozo, y con uniforme de campaña gris kaki. Una madre tendrá que derramar amargas lágrimas. Poco después, descubrimos en una casa dos oficiales ingleses heridos, y confiscamos sus periódicos, que contenían notas muy valiosas. Una hora más tarde, el primer prisionero inglés caía en nuestras manos, apresado por una patrulla, y fué pasado a la retaguardia de la columna. Su vista fué muy interesante para nuestros soldados. «¡Parece un chauffeur! ¡Mirad si lleva alguna arma que pueda disparar! ¡Tiene más tipo de jugador de cricket o de foot-ball que de soldado!» Una hora pasó, y los camaradas del prisionero nos dieron la respuesta de aquellas dudas. De hecho, nos demostraron prácticamente la verdad, tan prácticamente que nuestro batallón quedó reducido a la mitad después de los primeros combates. Comprendimos de pronto que el mercenario inglés no podía ser derrotado sólo por medio de gritos, y vimos que aquellos sujetos no sólo usan las piernas para correr, sino también para emprender desesperados y peligrosos ataques. No pasó mucho tiempo sin que nos hallásemos delante de un enemigo que no debía ser despreciado.

«La infantería inglesa que se nos opuso en Ipres debe ser considerada como una de sus mejores tropas. Ha de hacerse especial mención de la energía con que las tropas británicas defienden las alturas que ocupan, y cuando son arrojadas de aquellas, tratan una y otra vez, especialmente de noche, de recobrar el terreno perdido. En estos esfuerzos se ven eficazmente apoyados por el fuego de su artillería de

campaña, que como la francesa es casi tan buena como la nuestra. También pusieron en batería cañones navales en Ipres, y las granadas y shrapnels ingleses causaron grandes destrozos en nuestra infantería. Como el envolvimiento de los ingleses por nuestras tropas se acentuara más y más, la infantería inglesa trató repetidamente de romper nuestras líneas, sobre todo en la proximidad de Becelaere, aunque sin éxito. Con ocasión de una de estas tentativas, 500 ingleses y 20 oficiales cayeron en nuestras manos.

«Las trincheras inglesas están organizadas de modo que resulten invisibles a simple vista. Cuando entramos en las primeras trincheras, quedamos atónitos por su excelente construcción en lo relativo a profundidad, protección contra los balines y cascos de granada, perfección del trabajo y desenfilada. Casi todas las trincheras estaban dispuestas para una larga permanencia en ellas. Nos llamaron mucho la atención los blindajes de hierro y acero. El fondo de la trinchera está arreglado para que los ocupantes estén cómodos y a gusto. Nuestros soldados cogieron allí gran cantidad de conservas excelentes, buey, manteca, etc, así como las golosinas de que casi ningún soldado inglés carece. Cada vez que tomamos una posición comprobamos que el número de muertos es desproporcionado, por lo grande, con el de los escasos defensores. Muertos parecían efectivamente, pero pronto descubrimos que sólo lo estaban en apariencia, porque al tocarlos con las puntas de las bayonetas despertaban.

«A veces, los ingleses excavan profundas trincheras, pero no las ocupan, y nos engañan poniendo maniqués sobre el parapeto. Su línea de fuego se sitúa delante o detrás, tan bien aplicada al terreno, que no se distingue y es respetada por el fuego, a causa de que nosotros lo dirigimos contra la que creemos trinchera ocupada. Frecuentemente sucede que sus ametralladoras hacen fuego desde los linderos de los bosques. Dirigimos el tiro contra estos bosques y avanzamos enseguida a grandes saltos, encontrando el terreno limpio de enemigos; casi todos los tiradores estaban encaramados en los árboles. La infantería inglesa se abriga en pozos de tirador y lo mismo hacen con sus ametralladoras.

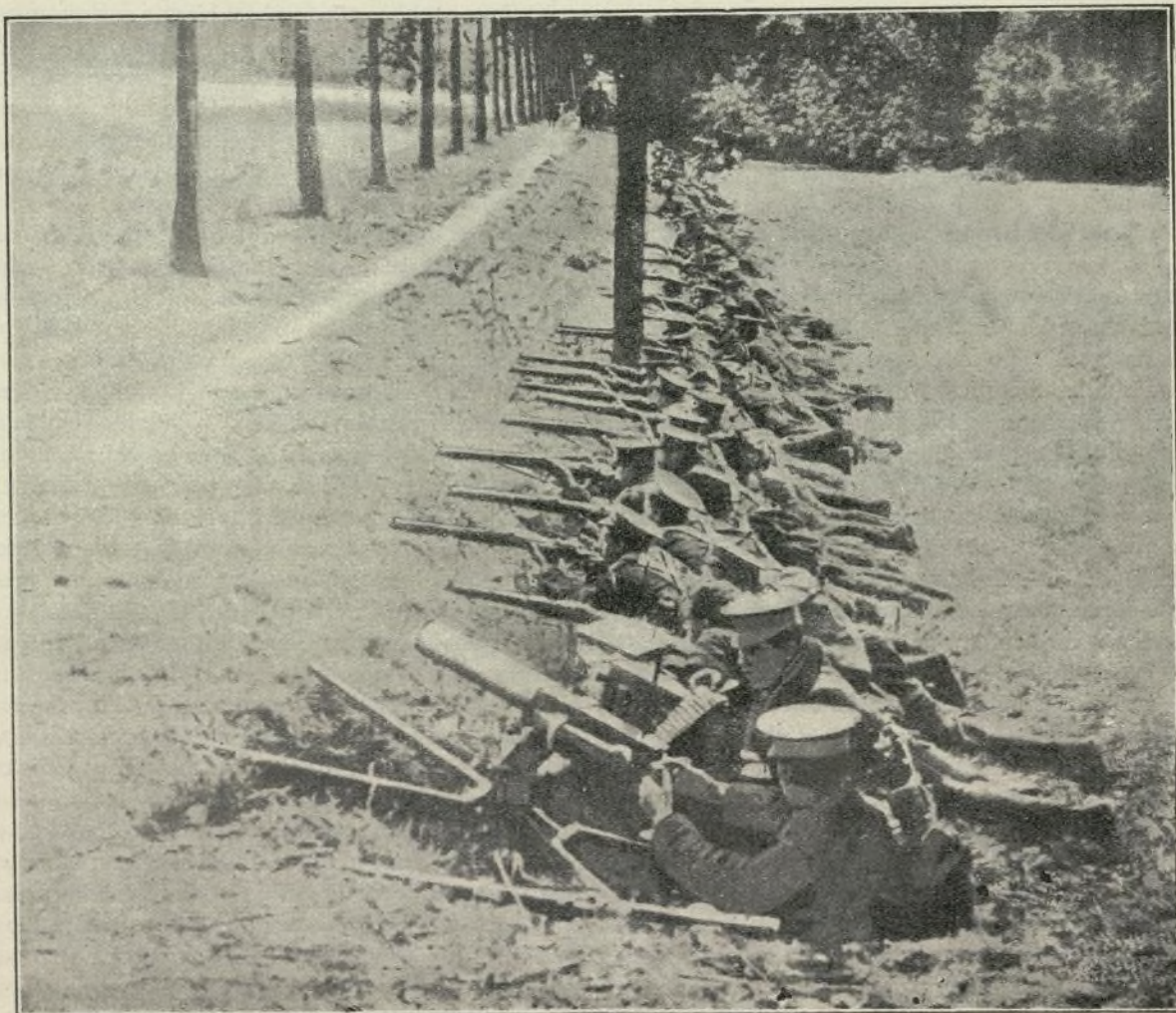
«En los combates de noche, nuestros adversarios emplean una táctica desconocida por nosotros. Por regla general evitan disparar por la noche, y usan la bayoneta, haciendo fuego solamente cuando hay bastante luz para apuntar. Los ingleses y franceses aprovechan para su fuego de infantería, durante la noche, el tiro de la artillería, que, como es bien sabido, acostumbra a batir algunas zonas de terreno, iluminándolas con sus proyectiles. Después de haber ocupado mi regimiento el pueblo de Bacelaere, a la caída de la tarde, se rompió contra nosotros un fuego de fusilería durante varias horas, que barría las casas y las calles, de modo que era imposible permanecer allí. Nos atrincheramos cerca de Bacelaere, pero toda la noche fuimos molestados por un fuego incesante de infantería y ametralladoras, que produjo muy pocas víctimas, pero que impidió descansar a nuestras fatigadas tropas. Esto era precisamente lo que los ingleses deseaban. De suerte que no hay motivo para despreciar a los ingleses como combatientes.»



El duque Alberto de Wurttemberg, comandante de uno de los ejércitos alemanes



El general Rennenkampf, comandante del ejército ruso del Norte



Tropas inglesas en fuego

LOS COMBATES DE CUTRY Y LONGUYON

(*Diario de un capitán alemán*)

(*Conclusión*)

El 2 de agosto, en los primeros días de la movilización, yo había salido de los baños de Rauheim y Nordermey, en los que había estado sometido a un tratamiento médico para curarme una afección al corazón. Asistí al primer gran combate de Cutry, el 22 de agosto, y en el asalto y lucha posterior, mi corazón se había vuelto a desarreglar, sin que las fatigas de la noche siguiente me permitieran repormerme; de suerte que las emociones del combate de hoy volvieron a serme fatales. Durante la retirada desde la altura 268 me sentí mal y tuve que detenerme varias veces, teniendo al fin que apoyarme en dos oficiales para seguir marchando.

Al llegar a donde estaba la plana mayor de mi regimiento, entré en reacción y mis nervios se apaciguaron. Me senté en la cuneta buscando algún descanso y un poco de alivio. Todo sonreía a mi alrededor. Las tropas que se habían replegado del campo de batalla estaban ya en orden y dispuestas a acudir a donde fuera necesario, y aguardaban nuevas órdenes. El jefe del regimiento vino a mi encuentro, me estrechó la mano, y me dijo, en voz lo bastante alta para que le oyeran todos: «Bravo, bravo, mi querido S., muy cordialmente agradezco a V. los hermosos y valiosos servicios prestados por V., que me han sido comunicados, y que me han resultado muy útiles». Al expresarle yo que me encontraba ya bien y que estaba en disposición de volver a la línea de fuego, el jefe del regimiento me disuadió y dispuso que me trasladasen a la ambulancia. El combate fué extraordinariamente sangriento para mi compañía, como se vió en la lista de la tarde.

Con los heridos, en Longuyon

Llevando siempre mi bayoneta francesa, marché yo hacia atrás por la carretera en dirección a Longuyon. Junto a la primera casa ví el puesto de ambulancia. Fuera del edificio aislado — era una fonda — se había dispuesto un gran número de mesas y sillas, sentados en las cuales aguardaban numerosos heridos que les prestasen sus auxilios facultativos el médico voluntario de mi batallón y los practicantes. Me senté a mi vez en una de las sillas, que me ofrecieron graciosamente. Esto no duró mucho tiempo, porque sobre nuestras cabezas volvieron a silbar los proyectiles. La bandera de la cruz roja fué izada sobre la casa y flotó al viento. La señal tuvo el resultado esperado. En el interior del edificio ví un espectáculo pavoroso. El amplio local estaba empapado en sangre. Los heridos graves estaban tendidos, los unos en el suelo y los otros sobre las mesas. En la sala contigua el mismo cuadro, y en otra del interior los oficiales gravemente heridos. Se esperaba que llegaran los carruajes de la ambulancia, que habían sido enviados a la ciudad, cuya casa municipal estaba convertida en hospital principal de sangre. Pronto aparecieron vehículos ligeros, ostentando la insignia de la cruz roja, que comenzaron la evacuación de heridos hacia la ciudad. Los heridos continuaban llegando incesantemente en gran número, proceden-

tes de las líneas de fuego. Estuve admirando la diligencia, la actividad y la calma con que nuestro médico voluntario prodigaba sus cuidados a los pacientes. El cuadro era extremadamente animado. El combate volvió a estallar cerca de nosotros y las balas llegaron otra vez. La bandera de la cruz roja continuaba flotando. Súbitamente el tiroteo se hizo más violento del lado de la ciudad en dirección a donde nos encontrábamos. Un escuadrón de los nuestros pasó junto a nosotros y nos dijeron que desde las casas de la ciudad y las salidas de la población se nos estaba haciendo fuego. Varios muertos y heridos testimoniaban la verdad de este hecho. No duró mucho este tiroteo, porque pronto comenzaron a elevarse hacia el cielo columnas de humo y montones de llamas, justo castigo al delito cometido por algunos habitantes, porque ellos eran en efecto los causantes del daño que se nos hacía. Desde las ventanas habían hecho fuego, y también contra los heridos transportados en los coches de las ambulancias. Una tras otra fueron destruidas las casas hasta que se restableció la tranquilidad.

Después de algunas horas de descanso me trasladé a donde se encontraba mi regimiento, que se había replegado de la línea de combate y puesto las armas en pabellones en una calle que desemboca al campo. Otras tropas le habían substituído en la línea de fuego. En vista de que se había agravado mi estado y que el padecimiento del corazón se acentuaba, probablemente a consecuencia de los grandes combates de los días anteriores, y para evitar peores consecuencias, obtuve permiso del jefe de mi regimiento para regresar a la patria en el primer escalón que hacia allá se dirigiera. Lamenté en lo más vivo tener que tomar esta resolución, porque soy soldado de alma y cuerpo, y mi mayor felicidad consistía en batirme contra los enemigos de mi Kaiser y mi patria. El deseo era fuerte, pero el cuerpo débil. Con verdadero dolor me despedí de mi comandante, el cual, en los 25 días que tuve la honra de servir a sus órdenes, me había demostrado un cariño paternal, y cuyas excelentes y relevantes cualidades y dotes personales pude observar de cerca en la guerra.

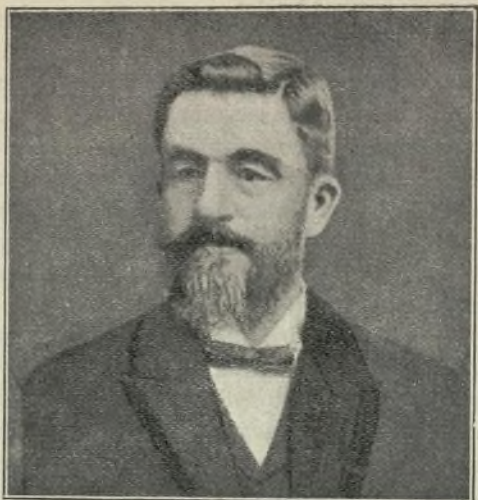
Nuevamente retrocedí hacia Longuyon, siendo acompañado por un sargento y algunos soldados, con los fusiles preparados, en vista de la poca seguridad que ofrecía la ciudad. A la puerta de la casa consistorial me despedí de ellos. «Salud con toda efusión a la compañía en mi nombre y mostrad siempre el mismo valor. ¡Jamás os abandonará mi pensamiento!» Con mi maletín, que había quitado de mi caballo, pasé al interior del Ayuntamiento. Después de atravesar el vestíbulo, donde se hacinaba una multitud de soldados, hombres del pueblo, mujeres, niños y heridos leves, llegué a una gran sala, en la cual se encontraban muchas camillas con otros tantos heridos graves, esperando la intervención de los cirujanos. Toda la habitación estaba ocupada por ellos. En un ángulo se veía una mesa grande, con instrumentos de cirugía y material de vendajes, en la cual buscaban los médicos lo que necesitaban. Como los retrasos en operar podían tener consecuencias peligrosas, los doctores no perdían tiempo. También se encontraba allí el médico voluntario de mi batallón, trabajando con un médico militar. Me senté en un banco situado junto a una ventana. Muy agra-

decidos debemos estar a las damas de Longuyon, que prestaron excelentes servicios como enfermeras y ayudantas. Sin descansar y con verdadero cariño auxiliaban a nuestros heridos y ayudaban a nuestros médicos atendiendo gustosas sus indicaciones. Era imposible hacer más de lo que hacían en esta penosa labor. En verdad que se necesitaban unos nervios de acero y una grande abnegación para presenciar aquellas escenas desoladoras y los cuadros horribles que allí tenían lugar, vendando espantosas heridas de todas clases. Allí un oficial herido en la lengua y en los ojos; allí soldados con grandes heridas en las extremidades y en el vientre; allí un herido con el muslo destrozado por una granada. Otro oficial, mientras volvía la cabeza hacia atrás para animar a sus soldados e impulsarlos al ataque, recibió un balazo que le partió la mandíbula inferior. Un hombre, bajo el cual había estallado una granada sin causarle daño, fué lanzado a varios metros de distancia, y aunque resultó ileso, perdió el habla y el oído. Imposible describir los horrores que allí se presenciaban.... El ambiente en aquel local era realmente irrespirable, por los penetrantes olores que lo invadían. Tenemos motivos evidentes para estar reconocidos a las señoras de Longuyon por sus extraordinarios cuidados a los heridos. Sin embargo, los heridos no cesaban de llegar cada vez en mayor número, transportados en carruajes de la ambulancia. El ayuntamiento estaba ya lleno de ellos. Todas las casas inmediatas al municipio se iban llenando, y la misma plaza del mercado no tardó en quedar ocupada por camillas.

Se necesitaba más personal. Todos los médicos militares de los diferentes regimientos acudieron allí, así como los carruajes de sanidad de otro cuerpo de ejército — que había combatido a nuestro lado — con todos sus elementos de sanidad. En la plaza del mercado la animación era extraordinaria. Se habían sacado mesas de la casa ayuntamiento, estaban alineados y ocupados los coches de las ambulancias, y sobre el suelo de la plaza se tendió una capa de paja para acomodar a los heridos. Entonces comenzó el trabajo de los médicos. No tardó en quedar llena la plaza del mercado por heridos alemanes y franceses. En el distrito del ayuntamiento ví a mis dos cabos S. y S. Habían sido heridos en los brazos, y se encontraban en un edificio inmediato al Ayuntamiento, en una sala que en tiempo de paz era café cantante. También en este lugar heridos y más heridos, tendidos los unos en paja y los otros sobre el suelo. Con espontánea alegría me saludaron algunos a los cuales contaba yo en el número de los muertos. «¡Cuándo se nos sacará de este infierno! Esto es inaguantable. ¡Se está mil veces mejor en el campo de batalla!» No contesté, pero en mi interior reconocí que tenían razón. ¡No se nos había ocurrido este pensamiento mientras resonaron en nuestros oídos los estampidos de los cañones y las descargas de la fusilería en el campo del combate! Entonces a cada momento una granada podía habernos despedazado. Por un camino laberíntico llegué a un gran salón, en donde se encontraban una veintena de oficiales heridos, unos ligeros y otros gravemente. Entre ellos distinguí a varios de mi regimiento, poseídos de un hambre canina, los cuales me pidieron algo que comer. Les prometí satisfacer sus deseos, aunque tenía

pocas esperanzas de conseguirlo. Yo mismo no tenía nada que llevar a la boca. Busqué infructuosamente en las calles inmediatas un restaurant o posada, pero todas estas casas estaban llenas de heridos y en ninguna parte encontré alimentos. Abundaban las bebidas, pero nada sólido. Retrocedí hacia el ayuntamiento, y finalmente descubrí una cocina, en cuyo interior estaban sentados tres franceses ligeramente heridos. Nuestros soldados alemanes se mantenían prudentemente fuera. Como la cocinera, una luxemburguesa, no contestara satisfactoriamente a mi pregunta sobre qué ocupación tenían allí aquellos franceses, me dirigí a éstos, en francés: «*Il est défendu de rester ici, dans la cuisine; allez vous, messieurs, là, dans le vestibule!*» De mala gana obedecieron mi orden. Encontré en la cocina unas lonchas de jamón, que llevé sin perder tiempo a los oficiales heridos.

Contrastando con la amistad y las atenciones que nos estaba prodigando una parte de la población de Longuyon, para asistir a nuestros heridos, otra parte, refugiada en las casas, rompió nuevamente el fuego. Aunque ello no podía esperarse, es lo cierto que el tiroteo fué dirigido hacia la plaza del mercado donde estaban nuestros heridos. El pánico se encendió en aquellos hombres indefensos, que comenzaron a dar voces para que no se les fusilara. Sin pérdida de tiempo se adoptaron enérgicas medidas contra los revoltosos: las casas sospechosas fueron entregadas a las llamas, y a no tardar una gran parte de Longuyon fué pasto del incendio. El barrio del ayuntamiento y las casas de la plaza del mercado fueron respetadas por estar llenas de heridos. Nuestros soldados tuvieron que apagar los incendios de algunas casas, por no ser sospechosa la conducta de sus vecinos. La obscuridad iba en aumento. Durante toda la tarde estuvimos oyendo el ruido de la batalla. El fuego de cañón y de fusil parecía que no había de acabar nunca. Temiéndose que los incendios de la población se extendiesen hasta el barrio del ayuntamiento, durante la noche, y que perecieran nuestros heridos en las llamas, se resolvió finalmente establecer una ambulancia en una altura fuera de la ciudad, lo bastante alejada del lugar del combate para que no fuera probable que la cañoneara el enemigo. Los heridos graves serían conducidos en carruajes, y los leves seguirían a pié: ciertamente no se disponía de vehículos para todos. Muy pocos fueron los que por su estado tuvieron que quedar en la ciudad. Me metí en un coche, y atravesé la ciudad entregada a las llamas, camino de la ambulancia. Por desgracia tuve que abandonar la bayoneta en el edificio del ayuntamiento, porque mis manos tenían que llevar otros objetos de más necesidad. Grandes montones de paja se habían extendido sobre el campo para resguardar los cuerpos del contacto con la tierra; los heridos fueron tendidos sobre estos lechos improvisados, y con objeto de protegerles contra la humedad de la noche, se les cubrió también con paja. Para los oficiales se dispusieron jergones de paja y colchones, también sobre la tierra. A mí me correspondió uno de esos jergones, pero no me alcanzó la distribución de almohadas y mantas. No podía hacer nada mejor que contemplar el firmamento. La claridad de las estrellas no permitía ver nada a distancia. Para los pobres heridos nada mejor podía desearse. ¡Asustaba pensar en la posibilidad de que lloviera! Longuyon



El general boer Dewet, uno de los caudillos del alzamiento, hecho prisionero por los ingleses



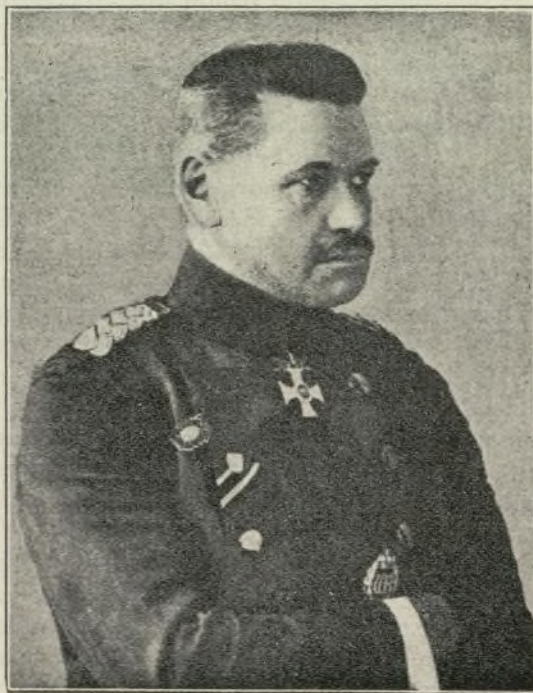
El general boer Beyers, uno de los caudillos del alzamiento, que recientemente ha perecido al vadear un río



Tropas rusas desfilando ante el Czar



El Jefe de Egipto Abbas Hilmi II



General alemán von Morgen, comandante de las tropas de Lyck-Suvalki



Tropas de la landwher alemana en la frontera rusa



Una patrulla austriaca en las montañas de los Cárpatos

Ayuntamiento de Madrid

ardía por los cuatro costados. Parecía un mar de llamas. El resplandor llegaba a lo alto y se extendía a lo lejos. ¡Y en la ciudad todavía tenemos heridos! temíamos que les sucediera lo peor; era de temer que los franceses dirigieran su tiro de artillería contra la parte de la ciudad aún en pie, guiados por el resplandor del incendio. No se apartaba esta idea de nuestros pensamientos, porque los franceses no son escrupulosos en esto. Finalmente, acabé por tenderme sobre mi lecho. Por fortuna nuestros temores no se confirmaron.

De regreso en Alemania

25 de agosto. — El ruido del cañón y de la fusilería nos despierta por la mañana. Se combate de nuevo cerca de Longuyon. Delante y detrás de nosotros, inmediatamente junto a la ambulancia, están formadas las columnas de municiones de la artillería de campaña. Ha llegado el momento de partir, aunque ello me sea penoso. Siguiendo el consejo del jefe de sanidad, tomo mi maletín — que había encargado me guardaran la noche anterior en uno de los coches de ambulancia — y me traslado a la carretera, esperando que una de las columnas de la artillería parta en dirección a la cabeza de la columna principal. No aguardo largo rato; ocupo un lugar junto al conductor en un armón de municiones. Una vez más tomamos el camino de Longuyon. ¿Hemos de ir a esa ciudad? No es ya más que un inmenso montón de ruinas. Los edificios se han desplomado a consecuencia de los incendios por las cuatro partes. Algunas casas, sobre las cuales flamea la bandera de la cruz roja, siguen todavía en pie. ¡Qué ceguedad la de los habitantes, hacer fuego contra el enemigo desde las casas! No hay duda que estaban de acuerdo con las tropas enemigas para obrar de concierto con ellas; no es posible creer otra cosa. Pero también fué necedad obrar como lo hicieron sabiendo que el castigo seguiría inmediatamente a la falta. ¡Triste necesidad la de castigar una ciudad cuyas mujeres se portaron tan bien con nuestros heridos!

Marchamos en dirección a las alturas, siguiendo el mismo camino que en sentido contrario recorrimos la noche anterior. En estas primeras horas de la mañana, el sol resplandece en un firmamento muy puro. Ya en las alturas, pasamos junto a nuestras líneas de fuego. Aquí encontramos una parte de nuestro regimiento, al mando de un teniente, quien me refiere que una granada ha estallado entre su tropa causándole grandes pérdidas. Nuestro carro de municiones atraviesa una zona peligrosa, porque las granadas estallan cerca de nosotros. Al galope llegamos a nuestras posiciones de artillería. Como los carruajes de la artillería han de aguardar algún tiempo allí, me traslado a una columna de carruajes, con la cual llego fácilmente al punto en que se encuentran los bagages de mi regimiento, un poco al S. del camino de Révent, y tengo la suerte de recobrar mi equipaje. En un auto, junto con dos oficiales heridos, pasamos ahora por los lugares del combate de los días anteriores, en dirección a Esch. Aquellos campos que tan alegres y sonrientes parecían cuando los ví por primera vez, están ahora sembrados de tumbas recién abiertas señaladas con sencillas cru-

ces, muy cerca de la carretera. Varios destacamentos están muy atareados en la conducción de muertos. Algunos prisioneros marchan hacia la frontera. Varios arzones franceses, estropeados por nuestros proyectiles, han quedado abandonados en medio del campo. En Esch monto en un tren militar, destinado a los heridos en la batalla del 22 de agosto, y tomo la ruta Luxemburgo-Trier-Coblenza, hacia Wiesbaden, donde ingreso en un sanatorio y balneario militar de Nauheim, para restablecer mi dañado corazón y mis nervios fuertemente sacudidos.

(Publicado con autorización del cuartel general del XVIII cuerpo).

(De la *Kölnische Zeitung*).

LA CUESTION DEL MAR NEGRO

Tomamos de un notable artículo del escritor italiano Vico Mantegazza, los párrafos siguientes:

«¿Quién habría podido imaginar medio siglo atrás que aquellas mismas potencias que se aliaron contra Rusia en favor de Turquía, serían hoy las aliadas de Rusia contra Turquía? ¿Quién habría podido imaginar, sobre todo, que Inglaterra, tantos años fiel amiga y protectora de Turquía, y dominada siempre por la obsesión de ver llegar los rusos a Constantinopla, mandaría bombardear los Dardanelos, de acuerdo con Rusia, sin preocuparse si entre las sorpresas que puede traer el presente conflicto, figurará la presencia de los cosacos en las orillas del Bósforo? ¿Quién piensa ya en los vaticinios de Napoleón, que había profetizado que Europa sería rusa o roja? ¿Quién en la fórmula que rezaba que la posesión de Constantinopla equivalía a la dominación del mundo?

»De un siglo a esta parte el mundo se ha engrandecido tanto y ha cambiado de tal manera, que los sucesos que tienen lugar en los países más lejanos repercuten en Europa, y, al contrario, todo lo que acaece en Europa tiene consecuencias, a veces inmediatas, más allá del océano. Están ya lejanos los tiempos en que los diplomáticos y los gobiernos se ocupaban solamente en lo que hacían tres o cuatro países. Las cuestiones no pueden considerarse ya aisladamente: no existen puntos determinados desde los cuales quepa gobernar el mundo.

»No obstante, el mar Negro y los estrechos que le separan del mar Egeo, conservan todavía una grandísima importancia, porque muchas cosas se transformarían si Rusia pudiera resolver en ventaja para ella la vieja cuestión, y los estrechos serían una desembocadura en el Mediterráneo de un pueblo que se aproxima a los 200 millones de habitantes, y que además del ejército, podría formar una marina formidable.

»La cuestión de los estrechos y del mar Negro, que determinó la guerra de Crimea, ha quedado de nuevo sobre el tapete. Apenas dueña de las dos costas del Helesponto, Turquía pudo cerrar o abrir a su antojo esta puerta hacia el mar de Mármara y el Mediterráneo. Dueña enseguida de toda la costa convirtió de hecho el Euxino en un mar turco. Cuando Pedro el Grande, luego de conquistar el litoral del mar de Azof, creó una flota militar, envió a Constantinopla la primera nave de guerra con un

plenipotenciario a bordo, para obtener el libre derecho de navegación en una parte, por lo menos, del mar Negro; la respuesta fué una negativa rotunda: —El mar Negro, respondió el secretario del Sultán, se llama la virgen casta y pura: no consentiremos que nadie la viole. Ningún barco extranjero debe poder entrar o navegar libremente.

»Con tal respuesta quedó planteada la llamada cuestión del mar Negro, que se confunde con la de los estrechos y con la de Oriente, causa de tantas guerras. Desde aquella fecha, Rusia y Turquía han sido enemigos irreconciliables. La misión histórica del imperio moskovita para proteger los cristianos de oriente no es el único móvil que le ha empujado contra el Imperio otomano; por encima de todo palpita el deseo de abrirse paso al mar libre, porque todos los puertos en los otros mares quedan bloqueados por los hielos cuando llega el invierno. Hoy, como en tiempos de Pedro el Grande, el imperio de los Zares se encuentra en la misma situación. Si la guerra continúa, lo mismo que ahora Alemania, se encontrará Rusia aislada: sin comunicaciones marítimas con el resto del mundo; la única vía que le quedará con Europa será por Suecia, pero aun ella estará expuesta a los ataques de los barcos y submarinos alemanes.

»Otros dos pequeños Estados tienen salidas al mar Negro: Rumanía y Bulgaria. El primero, con el puerto de Constanza, que en poco tiempo ha adquirido un gran desarrollo, debido principalmente a la iniciativa del rey Carlos, y el segundo con los dos puertos de Varna y Burgas. Ambos Estados balcánicos poseen un embrión de marina de guerra. Sus barcos poco pueden pesar en una guerra naval, pero los puertos poseen una importancia no escasa en las operaciones navales. También desde este punto de vista se comprende que la diplomacia rusa haya redoblado la actividad para atraer los dos reinos danubianos a su órbita.

»Muchos años han transcurrido desde el ataque por sorpresa de la escuadra rusa contra la turca en Sinope, en la costa meridional del mar Negro, y la completa destrucción de las fuerzas navales otomanas, que produjo la guerra de Crimea y decidió la suerte del mar Negro, porque las Potencias lo cerraron dejando prisionera a Rusia.

»Constantinopla tiene aún hoy día una gran importancia, pero no es ya el cetro del mundo. El día en que Inglaterra, que ciertamente obrará en el Asia Menor, pueda conquistar la vía férrea de Bagdad, que hasta ahora era el instrumento de conquista pacífica de Alemania en aquella región, el valor de Constantinopla habrá disminuído sensiblemente, y en aquel ferrocarril tendrá una gran compensación... De aquí que la alarma por la acción rusa, que en otro tiempo habría despertado los más grandes recelos, no haya sido muy viva.»

TRADUCCION LITERAL DEL FETVA

(Declaración de Guerra Santa)

El jefe espiritual de los creyentes, el Cheij-ul-Islám, declaró el 14 de noviembre, en la plaza de la mezquita principal de Constantinopla, donde se ha-

bían reunido más de 20,000 personas, la guerra santa, leyendo el Fetva en la acostumbrada forma de preguntas y respuestas. La traducción del documento reza así:

«Cuando varios enemigos se reúnen contra el Islám; cuando los territorios del Islám van a ser saqueados, dispersados los pueblos musulmanes y apresados; y cuando en este caso el Padichá del Islam, siguiendo las santas palabras del Korán, declara la guerra santa, ¿es esta guerra obligatoria para todos los musulmanes, para todos los soldados musulmanes, jóvenes y viejos, de pie y de caballo, y deben todos los países islamitas lanzarse al Dschihad (guerra de los creyentes) con sus bienes y su sangre?»

Respuesta: «¡Sí!»

«Los súbditos musulmanes de Rusia, Francia e Inglaterra y de los países que apoyen a estas naciones, las cuales han atacado y tratan de destruir el califato con sus barcos de guerra y sus ejércitos, persiguiendo al Islám ¿deben también hacer la guerra santa contra las naciones de quienes dependen?»

Respuesta: «¡Sí!»

«Aquel que, en cualquier momento, en lugar de tomar parte en la guerra santa, a la que son llamados todos los musulmanes, rehuye su concurso ¿incurre en la cólera de Dios y merece la mayor infelicidad y el condigno castigo?»

Respuesta: «¡Sí!»

«Si los musulmanes no se alzan contra los pueblos que hacen la guerra al Islám ¿cometen un gran pecado, sin que les exima de él la amenaza de que perecerán o serán perseguidas sus familias si aquellos toman parte en la guerra?»

Respuesta: «¡Sí!»

«Los musulmanes que en la presente guerra se encuentran bajo el dominio de Inglaterra, Francia, Rusia, Serbia, Montenegro y los Estados que les apoyan, si apoyan a estos países contra Alemania y Austria-Hungría, que auxilian a Turquía, ¿merecen la maldición de Dios, porque obran con daño para el Kalifato del Islám?»

Respuesta: «¡Sí!»

CANTO DE ALIANZA

Con motivo de la intervención de las tropas inglesas en la guerra de Francia, se ha puesto de moda en la nación vecina la siguiente canción:

Les p'tits soldats anglais
Débarquent rosés et frais,
Propres et coquets
Fils de la fière Albión,
La noble Nation.
¡Salut, Welcome, hip, hip, hurrah!
¡Rule Britannia!

La léopard anglais,
Avec le Coq gaulois,
S'en vont désormais
Sur les champs de bataille
A travers la mitraille,
Au cri de: ¡Vive la Liberté!
¡Pour l'Humanité!

EL GENERAL RENNENKAMPF

El nombre del comandante en jefe del ejército ruso del Norte, general von Rennenkampf, derrotado en Gumbinnen por el ejército del coronel-general von Hindenburg, está hoy en Alemania en todos los labios. Sabido es que Rennenkampf era uno de los pocos generales rusos que había obtenido algunos éxitos en la campaña contra los japoneses; sabido es también que desde entonces Rennenkampf ha sido el ídolo de sus soldados, quienes abrigaban la ciega confianza de que yendo con él irían siempre a la victoria, a pesar de que ha padecido varias derrotas. Pero siempre su característica energía rusa le daba fuerzas para avanzar después de los descalabros. En la batalla de Mukden, cuando tras un mortífero combate fué abandonada la posición de Madsyadyán, y tuvieron que batirse en retirada los rusos, el general Rennenkampf pudo conservar el orden en el VII cuerpo siberiano y ejecutar al cabo de cuatro semanas un avance contra el ejército de Kamimura, con bastante éxito. La tropa no veía en él un general de Estado Mayor como otros muchos, sino un caudillo que se mantenía siempre al frente de sus fuerzas, y a sus ojos Rennenkampf había de ser un segundo Skobelev; en su folleto «Mi columna en la batalla de Mukden», dedica un recuerdo a sus tropas, de las que dice que «ganaron silenciosa gloria bajo el capote gris del soldado».

Ví a Rennenkampf por primera vez, después de una marcha de 165 kilómetros que hice para incorporarme a su cuartel general al terminar la batalla de Mukden, en la ciudad de Hailungchén; iba conmigo un oficial francés. El general acababa de regresar de un movimiento de exploración que durante varios días había efectuado frente a las posiciones japonesas; sus tropas llegaban cubiertas de polvo, tostadas por el sol de los trópicos, y el general cabalgaba en mangas de camisa, llevando pendiente de un hombro una blusa de piel gris con las insignias de su jerarquía y la cruz de San Jorge, que había ganado en la campaña contra los boxers. De un brazalete de cadena de oro, que lleva siempre, pendía un pequeño madallón con el retrato de una dama: como él mismo cuenta, ha estado casado con tres mujeres que le han sido muy caras. Flexible y ágil, aunque una bala le había fracturado la tibia en aquella campaña, saltó del caballo y escuchó mi saludo, al que contestó en lengua alemana, invitándonos al francés y a mí a tomar con él el té de la tarde. En aquella ocasión sostuvimos la conversación siempre en alemán, y el general no disimuló, a pesar de la presencia de su huésped francés, al que tan poco grato debía serle nuestro idioma, que no participaba de las opiniones del jefe de Estado Mayor, general Gurko, ardiente partidario de los franceses y enemigo irreconciliable de los alemanes. El odio de Gurko a los alemanes provenía como el de otros muchos rusos, de su vanidad personal lastimada; era hijo del célebre general de caballería, que había sido nombrado agregado militar en Berlín, aunque no tomó posesión de su destino. El francés, mi compañero de viaje, tuvo la imprudencia de decir que había presenciado una ejecución, y que el espectáculo le había sido muy repugnante. Estoy persuadido de que

con toda intención, el general Rennenkampf, que se mantenía de pie detrás de la mesa de té, nos invitó a presenciar la decapitación de ocho chinos que habían sido condenados al último suplicio por un tribunal chino, como reos de robo en despoblado. Hubimos de trasladarnos al lugar, muy inmediato, de la ejecución, donde se estrujaba el populacho y celebraba con aplausos y grandes voces los golpes certeros que segaban las cabezas de los sentenciados. Al día siguiente me confesó monsieur X. que sus nervios habían sufrido una sacudida muy fuerte, y que le era imposible continuar en una circunscripción tan salvaje como la mandada por Rennenkampf. Yo le acompañé desde mi alojamiento, en un templo de Buda, hasta los alrededores de la ciudad.

Ignoro si desde entonces han aumentado las simpatías de Rennenkampf hacia los franceses. Lo mismo ahora que hace diez años, no se preguntan las ideas políticas de nadie y el soldado debe limitarse a obedecer lo que le mandan. Pero puede tenerse la seguridad de que habrá sentido escrúpulos de tener que combatir con personas de su misma sangre. Participaba de la opinión, que yo tantas veces he advertido en las provincias rusas del Báltico, cuyos habitantes hablan la lengua alemana, que una guerra ruso-alemana no era admisible y ni siquiera en hipótesis debía admitírsela. Rennenkampf es uno de los más típicos ejemplos de esta manera de ver las cosas, porque el espíritu general de los territorios del Báltico es el expresado, y dicha comarca constituye la espina dorsal del imperio ruso, lo mismo en paz que en guerra, por ser su elemento más enérgico y valioso. Esto justifica el odio que se ha despertado en nuestro pueblo hacia el general ruso, en quien ve el representante de los renegados, y ello es todavía más comprensible para el que ha vivido largo tiempo en Rusia y ha visto y presenciado cómo esos casi alemanes forman un muro de separación entre nosotros y los rusos, propiamente dichos, manteniendo muy apartadas las civilizaciones de ambos pueblos.

Se explica también, por lo mismo, que al nombre de Rennenkampf vaya unida la idea del horror hacia los rusos y el recuerdo de las tropelías que éstos han cometido. Según mi personal impresión, adquirida en los muchos meses que he estado cerca de Rennenkampf, tengo la persuasión de que no han sido ejecutadas por orden del general, ni con su conocimiento, las tristes hazañas que han hecho temibles y odiados a los cosacos en su misma patria. Por consiguiente, ha de concluirse que los asesinatos y robos realizados por los habitantes de las estepas no han de atribuirse en modo alguno al comandante en jefe ruso. Rennenkampf es caballeresco, con respecto al adversario. La disciplina debe mantenerse, a su juicio, a todo trance y uno de los medios para conseguirla son los azotes. De aquí que mantenga este castigo entre sus tropas a pesar de haber sido ya prohibido, como lo fué hace mucho tiempo entre nosotros. Frecuentemente he visto aplicar estos castigos, con marcada sensación de repugnancia física, porque es poco agradable contemplar cómo caen despiadadamente las varas que maneja un cosaco sobre las desnudas nalgas de un hombre de cuarenta años, por ejemplo, hasta que brota la sangre, y el paciente se queja lanzando ayes lastimeros. La pena de azotes se aplica especialmente contra los

(1) Véase la página 389.

culpables de robo o hurto, y frecuentemente me dijo el general Rennenkampf que era menester deterrar por completo los robos y hurtos entre las tropas, valiéndose de todos los medios, por su efecto grandemente desmoralizador. En cierta ocasión, un joven oficial de su estado mayor, entró en una casa china abandonada y vió dos candeleros artísticamente labrados imitando grullas; el general le sorprendió cuando los metía en su equipaje y le obligó a restituirlos a donde se encontraban, echándole una reprensión extraordinariamente fuerte. Al día siguiente, la granja apareció envuelta en llamas, y el oficial manifestó que más hubiera valido guardar los candelabros que dejarlos quemar sin ventaja para nadie; el general le nombró inmediatamente comandante de uno de los puestos de etapa de retaguardia, para no tenerlo más a su lado. Hay que decir en elogio de su reputación de soldado, que Rennenkampf obra siempre bien y con la mayor severidad para reprimir los desmanes y villanías de los cosacos del Asia, y que se reconoce en él la influencia de la sangre alemana que corre en sus venas, y se da a conocer por su caballería militar y el sentimiento guerrero.

Su capacidad de mando no es la suficiente para dirigir los modernos combates; es de la madera de los mariscales franceses, sin poseer grandes conocimientos militares, ni profundidad de juicio y rápida ojeada. Excelente jefe de caballería, ha de ser una pesada carga para él tener que habérselas con nuestros envidiables generales, sus rivales de hoy.

Pablo Karlovicht von Rennenkampf, descende de una antigua familia alemana, y cuenta ahora unos sesenta años. Ingresó primero en un colegio de Reval, pasó luego a la escuela de Yunkers de Helsingfors, y enseguida a la Academia Nicolás, de Estado Mayor, donde alcanzó un certificado de primera clase. En 1870 fué destinado al 5º regimiento de uhlanos de Lituania, fué promovido a oficial en 1873, y obtuvo diferentes empleos en los cuarteles generales

y en las tropas, hasta que fué nombrado jefe de Estado Mayor de la plaza de Ossoviez y jefe de Estado Mayor de la 14 división de caballería. En 1895 ascendió a coronel y tomó el mando del 36º regimiento de dragones, pasando en 1899 a desempeñar el cargo de jefe de Estado Mayor de las tropas del Transbaikal y siendo promovido en 1900 a general mayor (general de brigada). Durante la guerra en China se distinguió personalmente en varias ocasiones y mereció la cruz de San Jorge de 3.ª y 4.ª clase, único oficial que obtuvo aquel honor en dicha campaña. Durante la guerra ruso-japonesa el general Rennenkampf, lo mismo que el general Mitchenko, fué uno de los pocos que obtuvieron éxitos, defendiendo con eficacia las posiciones confiadas a su pequeña columna. En los libros que se escribieron después de aquella guerra, el general Rennenkampf quedó exento de censuras; hay la creencia en el ejército ruso, aunque no puede decirse si con fundamento, que los japoneses ofrecieron 200,000 rublos por la cabeza del general. De entonces data su fama en aquel ejército.

Después de la campaña ruso-japonesa, el general Rennenkampf pasó a mandar el III cuerpo de ejército, en Vilna, luego el II en Grodno, el II, el IV en Minsk y el XX en Riga. Era uno de los jefes designados para mandar un ejército en caso de guerra con Alemania; las proezas de Gurko y Eskobeleff habían de ser repetidas por él, según los rusos. Lo que le caracteriza es la tenacidad, según se deduce de estas palabras suyas al comenzar la guerra ruso-japonesa: «Lo esencial es que no aflojemos, y que una vez hayamos entrado en campaña sigamos sin desaliento. Para mí lo más hermoso que puede haber en la vida es la guerra, y si todavía ha de durar cinco años tanto mejor». Pablo von Rennenkampf es un terrible adversario para los alemanes, austriacos y húngaros, porque a diferencia de los más de los generales rusos, se ha educado en los campos de batalla y en los campamentos, y no en los banquetes y en los palacios.

(De la *Kölnische Zeitung*).

CRÓNICA MILITAR

I. Las batallas en Polonia rusa.—II. Operaciones en el teatro occidental.—III. La campaña en Serbia y Montenegro.—IV. El combate naval de las islas Malvinas.

I.—Las batallas en Polonia rusa

Son tan confusas y, sobre todo contradictorias, las noticias que se reciben del teatro de la guerra del E., que todavía no es posible formarse idea exacta de lo que allí ha acontecido.

En primer lugar, se desconoce la importancia de las fuerzas empeñadas. El *Times* del 30 de noviembre, después de un detallado análisis de la situación de los cuerpos alemanes, asegura que en Rusia sólo se encuentran cuatro cuerpos de ejército activos y ocho de reserva, pero a continuación añade que ante los franceses e ingleses tienen los alemanes cuarenta y cuatro (!) cuerpos de ejército. Pocos días después, cuando el fracaso de la ofensiva rusa no pudo ya negarse, la misma prensa inglesa sostiene que por lo menos tenían los alemanes en Polonia veinte cuerpos.

La prensa rusa del 28 de noviembre calculaba en cinco cuerpos alemanes los presuntos en Polonia.

Si doce cuerpos me parecen poco, teniendo en cuenta que hay dos por lo menos en la Prusia oriental y uno o dos en la orilla derecha del Vístula, veinte son demasiados. Entre ambas cifras puede elegir el lector la que más le agrade, porque lo que interesa son los resultados, más que los medios empleados para alcanzarlos. Del lado ruso, tienen los moskovitas siete u ocho ejércitos entre Polonia y fronteras de Prusia oriental, o sea, probablemente, uno en esta última región y seis o siete en Polonia; de ellos había dos en el S. de la provincia de Kielce, frente a Cracovia, de modo que han tomado parte en las operaciones contra el general Hindenburg de dieciocho a veinticinco cuerpos de ejército. Ni estas fuerzas, ni las alemanas, se empeñaron en los combates de los primeros días, sino que fueron acudiendo a medida que lo requerían las circunstancias.

Según se deduce de los partes oficiales rusos, publicados por la prensa inglesa, y de los despachos

telegráficos de Petrogrado y otros puntos de Rusia, que han aparecido también en los mismos periódicos, puesto que aún no han llegado los diarios alemanes que contienen noticias de las últimas batallas, la marcha general de la campaña en Polonia ha tenido lugar en la siguiente forma:

Después de la retirada de los cuerpos alemanes que efectuaron la atrevida incursión hasta cerca del medio Vístula, el ejército ruso, ya concentrado entre Ivangorod y Varsovia, emprendió inmediatamente la ofensiva. Esta tenía por objeto contener a los alemanes en el frente, y envolver el flanco izquierdo austro-alemán, situado en la región de Czenstochova, para acabar de cercar la fortaleza de Cracovia y abrirse paso por el boquete que hay entre esta plaza y Oppeln. La campaña iba a dirigirse con preferencia contra los austriacos, creyéndose que era fácil contener a los alemanes si se atrevían a invadir nuevamente la Polonia, a la sazón ya cubierta por las nieves y con las comunicaciones en mal estado. En ejecución de este plan, la masa principal de los rusos se dirigió hacia el S. O., dividiéndose todo el ejército en cuatro grandes masas: una al E. de Cracovia; otra al N. O., entre Kielce y Czenstochova; la tercera, más al N., entre Lodz y Piotrkov; y la última al O. de Lowicz. Cuatro o cinco divisiones de caballería se reunieron en este último flanco, el izquierdo, cubriendo el frente entre el Vístula, cerca de Plock, y Lodz.

La primera masa avanzó sin grandes dificultades hacia el O. y llegó a pocos kilómetros de los fuertes de Cracovia; la segunda fué contra-atacada al E. de Czenstochova, pero repelió al enemigo y lo empujó al O., aunque no le fué posible concertar sus esfuerzos y darse la mano con la primera. La tercera avanzó directamente al O., pero fué contenida antes de llegar al Warta. Mientras tanto la caballería que cubría el ala izquierda fué derrotada en Kolo y se replegó hacia Lovicz. La masa del N. llegaba a la altura de Wroclawieck y más al S.

El general Hindenburg tenía formadas sus fuerzas en tres grupos: uno al SE. de Thorn; otro cerca de Konin; y el tercero entre Kalisz y Sieradz. Nuevos refuerzos alemanes acudían en la dirección de Czenstochova.

El primer ejército, apoyado por algunas tropas que se movían por la derecha del Vístula, batió a los rusos en Wroclawieck y siguió avanzando hacia el SE., con el propósito de envolver el ala izquierda enemiga. Los otros dos se pusieron en contacto con los rusos en Leczika y Zsadek. Los combates en estos últimos puntos no revistieron caracteres empeñados ni fueron muy sangrientos, pero en el N. el primer ejército volvió a derrotar a los rusos en Kutno, y obligó al gran duque Nicolás a enviar refuerzos con urgencia a este sector. Como consecuencia, resultó un claro entre Lodz y Lovicz, y por allí atacó el segundo ejército alemán, tratando de romper el frente enemigo. Pero, a medida que se acentuaba la ofensiva alemana, iba variando la dirección general de marcha de los rusos: parte de la masa que se encontraba frente a Czenstochova despachó algunas fuerzas hacia Lodz, a donde también afluyeron los refuerzos procedentes de Varsovia. Los dos cuerpos de ejército alemanes que se habían introducido entre Lodz y Lowicz, quedaron rodeados por el NE. y S., mas en

lugar de retirarse, se hicieron fuertes en Zgierz y Strykov, y se mantuvieron inmovibles sin temor al peligro de ser destruidos. La situación no tardó en cambiar radicalmente: en efecto, el ejército alemán de Sieradz, reforzado con tropas reunidas en Kalisz, atacó a Lodz por el E. y el S.; a la vez, la masa de Czenstochova emprendió una enérgica ofensiva contra el ejército ruso del S., ya muy debilitado, y lo rechazó hacia el NO. dándose la mano cerca de Piotrkov con las tropas de Sieradz. Como resultado de estos ataques combinados, Lodz quedó envuelto por tres lados; el primer ejército estableció su enlace con los dos cuerpos que parecían cortados, y todo el centro y la derecha rusa hubieron de girar alrededor de Lovicz, obteniendo los alemanes por cuarta vez la victoria en el espacio de veintisiete días.

La gran distancia que hay desde Czenstochova a Lodz, 100 kilómetros, explica la duración de estas maniobras que sólo han sido posibles por la extraordinaria cohesión y solidez de las tropas alemanas. Los dos partidos intentaron obtener la victoria mediante movimientos envolventes. Para que estos movimientos tengan el éxito deseado, en un tablero de tan grandes dimensiones como Polonia, son menester que coincidan varias circunstancias: buena colocación de las reservas, gran tenacidad de las tropas para dar tiempo a la llegada de refuerzos, y tener la iniciativa. Los rusos se encontraron en mejores condiciones que sus enemigos en la parte meridional de este teatro, pero desde el momento que debilitaron el ejército del S. para hacer frente al peligro que amagaba por el N., todas las ventajas pasaron al campo alemán, que ya tenía a su favor la fuerza moral y el entusiasmo despertado por las victorias de Wroclawieck y Kutno, y la vía férrea central de Kalisz a Sieradz, la cual permitía enviar las tropas en la dirección que más conviniera; por si esto fuera poco, la energía del mando y la cohesión de las tropas eran superiores en el campo alemán. No hay que olvidar tampoco que la línea del Warta favorecía mucho a los alemanes, por permitirles efectuar a cubierto y en condiciones de gran seguridad las reuniones y movimientos preliminares de sus masas.

Que los alemanes se vieron en situación apurada es indudable, toda vez que el gran cuartel general ruso anunció el 29 de noviembre que su ejército había alcanzado la victoria: ello se debió, probablemente, a la osadía del centro alemán, que no sólo avanzó entre Lodz y Lovicz, sino que llegó más al E. y se apoderó momentáneamente de Brzeziny y una parte al E. de Glogow. El movimiento desbordante de los alemanes por el S. de Lodz decidió la batalla, puesto que perdida esta población, centro fabril de la Polonia, quedó al descubierto la línea rusa desde Zgierz a Lovicz.

En las batallas libradas en Polonia desde el 10 de noviembre, hicieron los alemanes 96,000 prisioneros, y cogieron 180 cañones y más de 200 ametralladoras. Los rusos, por su parte, cogieron 6,000 prisioneros y algunas piezas de artillería, cuyo número no han dado. Si se tiene en cuenta que la temperatura media ha sido de 10 grados bajo cero, que los campos están helados y que hay pocos caminos, y aun éstos en mal estado, no sorprenderán aquellas cifras; el número de muertos y heridos en los dos ejércitos ha debido alcanzar también cifras muy elevadas.

La toma de Lodz por los alemanes tiene más importancia moral que material; la plaza era abierta, defendiéndola únicamente algunos atrincheramientos de campaña, pero es un nudo, el mejor de la Polonia central, de comunicaciones, y la población más



El general feld-mariscal Bekenndorf von Hindenburg.

rica y de más recursos, después de Varsovia. En su rápido avance al Vístula, realizado en octubre, los alemanes no habían entrado en Lodz, ni en ninguno otro de los puntos que estaban fuertemente guarnecidos.

Los combates continúan, habiéndose extendido a toda la línea, desde el N. de Lovicz a Czenstochova. En el centro, hacia Lodz y un poco más al N., la actividad de los dos ejércitos parece que ha disminuido, lo que se explica por las grandes pérdidas sufridas y la necesidad de reordenar las unidades y completar los abastecimientos; pero en la región del S., cerca de Piotrkov, y en la orilla derecha del Vístula, desde Mlava a un punto al N. de Lovicz, se ha acentuado la ofensiva de los alemanes, que acaso pretenden iniciar un doble movimiento envolvente, no con la esperanza de que tenga inmediato éxito, sino para provocar una nueva dislocación de las fuerzas rusas y facilitar el avance de la masa principal en el frente Lodz-Lovicz. En la fase de la campaña que ha comenzado con la toma de Lodz, todos los indicios son de que toque un papel muy interesante al ala derecha de los austro-alemanes; si esta masa puede desentenderse de la amenaza que supone el ejército ruso apostado al E. de Cracovia, su intervención en la nueva serie de combates será de gran trascendencia.

II. — Operaciones en el teatro occidental

Aunque no se han interrumpido los combates en diferentes puntos del largo frente, la situación en

conjunto permanece la misma que hace un mes. Al parecer, los aliados están tanteando la línea enemiga, con el propósito de atacarla reciamente en los lugares débiles, pero a estos amagos de los aliados responden inmediatamente los alemanes con su característica contra-ofensiva, gracias a la cual se están sosteniendo hace ya tres meses contra fuerzas superiores. Se debe esta resistencia de los alemanes a dos hechos que no cabe poner en duda, y que han acabado por reconocer sus mismos adversarios: primero, la gran solidez de sus tropas; segundo, la excelente colocación de las reservas, que acuden rápidamente al punto amenazado antes de que el atacante consiga realizar serios progresos; apenas rechazado el asalto, los alemanes pasan a la ofensiva y conservan la iniciativa. De todos modos, tengo la convicción de que ha comenzado la ofensiva de los aliados.

El parte oficial del general French sobre los combates de Ipres, disipa todas las dudas acerca de la fase de la guerra que comenzó con la retirada del Marne. Confirma plenamente cuanto he dicho en estas columnas, y de él me ocuparé en la *Crónica* siguiente. Acaso haya contribuido más este parte que las batallas en Polonia a que la opinión general en Francia y la Gran Bretaña se incline a favor de una ofensiva de los aliados para aprovechar la favorable circunstancia de tener los alemanes pocas tropas en el teatro occidental; a mi juicio, ello es cierto sólo entre ciertos límites, porque he de insistir en que en Bélgica y en Lorena, y probablemente también en Luxemburgo, se encuentran fuertes masas que por el momento no toman parte en las operaciones de la guerra, pero que intervendrán si los aliados se deciden a emprender resueltamente un avance.

Los alemanes han colocado en batería cañones pesados en el litoral comprendido entre Ostende y Zeebrugges, para precaver la probabilidad de otro bombardeo por la escuadra inglesa. Ello demuestra la importancia que atribuyen al último puerto nombrado.



Teniente General, von Ludendorff, jefe de Estado Mayor del general von Hindenburg

Como respondiendo al desgraciado combate de las Malvinas, seis submarinos alemanes intentaron entrar en el puerto de Dover para atacar a los barcos

de guerra británicos allí fondeados, pero no pudieron conseguirlo a causa de la gran vigilancia del defensor, que rompió el fuego con sus baterías de costa.

El estrecho de Dover está sembrado de minas fondeadas, así como todo el mar del Norte, pese a lo cual los barcos alemanes lo han cruzado ya varias veces sin contratiempo; no sería extraño que más o menos pronto tengan que lamentar la pérdida de alguno de sus barcos.

El Escalda parece definitivamente descartado como base naval de la escuadra alemana, pues Holanda ha declarado que cierra la desembocadura de aquel río; en ella tiene, en efecto, las formidables defensas de Flesinga. En tanto no salga de la neutralidad, los alemanes tendrán que seguir partiendo de Heligoland para sus correrías navales, hasta que esté habilitado para el objeto algún puerto de la costa belga, probablemente Zeebrugges.

III.—La campaña en Serbia y Montenegro

En casi ninguna de mis Crónicas me he ocupado en la campaña de los serbios y montenegrinos; dos motivos me han movido a prescindir de tales operaciones: primero, la escasa influencia que en el conjunto del desarrollo de la guerra tiene la acción de aquellas pequeñas naciones; segunda, la extraordinaria exageración de las noticias que de allí vienen. En ningún momento los serbios han llegado a poner en una situación difícil a los austriacos, y su efímera invasión de Bosnia no fué más que una incursión de pocos días, contenida a pocos kilómetros de la frontera. Lo mismo que en el caso de Bélgica, cuando tantos acontecimientos importantes hay que estudiar no merece la pena entretenerse con acciones episódicas y de escasa significación desde el punto de vista general.

El ejército serbio es aguerrido, se bate bien y está henchido de entusiasmo, pero sus efectivos son cortos y apenas dispone de reservas, porque el país quedó agotado por las dos guerras de 1912 y 1913, de suerte que no puede pedírsele más de lo que está haciendo. Mucho hará con sostenerse y si al cabo sucumbe caerá con gloria y aplastado por la superioridad abrumadora del enemigo. En la región S. de Serbia, muy montañosa y accidentada y con pocos caminos, malos todos ellos, la resistencia de los serbios puede prolongarse mucho tiempo si acuden a la guerra de partidarios y desisten de dar batallas con fuertes contingentes, porque si tal hacen todas las ventajas estarán de parte de los austriacos. La actitud de Bulgaria está muy relacionada con el desarrollo de la campaña, y a ella se deberá probablemente la resuelta ofensiva que han tomado hace un mes los austriacos.

En cuanto a los montenegrinos, su ejército apenas cuenta con veinte o veinticinco mil hombres, y el país está todavía más agotado que Serbia. La única operación importante que han emprendido ha consistido en el sitio de Cattaro; pero como los montenegrinos carecen de artillería de gran potencia y los cañones que los franceses les enviaron son antiguos y de no gran alcance, ni la ciudad ha sufrido daños ni los fuertes han padecido. La escuadra francesa no ha intentado tampoco el ataque por mar, de

suerte que la plaza no corre por ahora ningún riesgo y el sitio puede prolongarse indefinidamente, puesto que ni siquiera está bloqueada la ciudad. En compensación, dueños los montenegrinos del monte Lovcen, que domina la bahía y los fuertes de Cattaro, y siendo aquella montaña muy escarpada y de ataque punto menos que imposible, no tienen los austriacos otro medio de ahuyentar al sitiador que invadir el territorio de Montenegro mediante un largo rodeo. Como esta operación exige el empleo de bastantes tropas y expone a sufrir fuertes pérdidas, no es de creer que la emprendan los austriacos. La suerte de Montenegro dependerá del resultado de la guerra contra Serbia, a menos que los albaneses se lancen también contra los montenegrinos.

Para no exponerse a incurrir en grandes equivocaciones, es prudente prescindir de las noticias que llegan de aquel teatro.

IV.—El combate naval de las islas Malvinas

La escuadra alemana del Pacífico, compuesta de dos cruceros acorazados *Schanhorst*, *Gneisenau* y de los pequeños cruceros *Leipzig*, *Nuremberg* y *Dresden* fué atacada el 8 de diciembre, a la altura de las islas Malvinas por una escuadra británica, siendo echados a pique, después de un combate de cinco horas de duración los tres primeros cruceros. No han publicado aún los ingleses la composición de su escuadra ni han dado detalles del combate, por lo que aplazo hasta que sean conocidos estos datos la descripción de aquel, y el examen de la fuerza comparada de ambas escuadras.

Desde luego puede afirmarse que la británica patrullaba hacia mucho tiempo en aquellas aguas, teniendo la seguridad de que la alemana, tarde o temprano tendría que aventurarse a ganar el Atlántico, si no quería tener que desarmar en algún puerto de la costa del Pacífico; y es de suponer que si el almirante von Spee no se dirigió inmediatamente al estrecho de Magallanes después del combate de las costas de Chile, fué porque debió saber que aquel paso estaba bien guardado.

Si, como se cree, la potencia de la escuadra británica era muy superior a la de la enemiga, el combate del 8 de diciembre no resolverá ningún problema de estrategia naval; pero no deja de ser un éxito de gran trascendencia para Inglaterra, porque ha quedado despejado de barcos enemigos todo el Pacífico, lo que permite la libre navegación de los barcos mercantes británicos, y además puede ya darse la orden de que los barcos de guerra diseminados en aquellas aguas vengán a incorporarse a las escuadras de combate de los mares de Europa. Alemania habrá perdido poco con la destrucción de su débil flota del Pacífico, puesto que las unidades que la integraban era punto menos que imposible que llegaran a Wilhelmshafen; pero Inglaterra ha ganado mucho, porque puede disponer en el mar del Norte, o en el Mediterráneo o en las costas de la India, de cerca de veinte barcos que antes estaban inutilizados por la presencia de la flota de Spee en los mares de la América meridional.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

14 de diciembre de 1914.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Ayuntamiento de Madrid